

Nº 530
29
Octubre
2021
Viernes



Digo yo...

Emilio Álvarez Frías

Cuando uno intenta salir a la calle, en esta temporada en la que ya andamos entrando en los fríos, fundamentalmente si es en las primeras horas de la mañana, suele echar una miradita por la ventana a ver qué tiempo hacer, ya que, al trasponer la puerta del portal, es desagradable recibir el ataque de una ráfaga fría, o una bocanada calurosa. Por eso no he de ser considerado inculto e ignorante, sino que, como la mayoría de los mortales,



no tengo ni idea del tiempo que hace hasta que lo soporto en el cuerpo. ¿Qué nos lo dicen por la tele, la radio y hasta el móvil? Sí, pero el que hace en mi barrio se aproximará a lo que diga alguno de esos medios informadores, pero no a lo que opine mi cuerpo de acuerdo con el flujo sanguíneo, el desayuno que haya tomado, la ropa que me ponga, y un etcétera particular.

Me justifico de esta forma porque voy exponer una idea que llevo rondando hace días, por la que, seguramente, seré tachado de ignorante. Y seguro que lo soy en la materia, quizás hasta en forma superlativa, pues sé poco de volcanes en general, muy poco de volcanes cuando se comportan como lo está haciendo el Cumbre Vieja, y apenas de qué sucede en este dado que no tengo la suerte de estar en su proximidad para gozar de un espectáculo natural tan grandioso como es, aunque resulte destructor para los compatriotas que están pe-

nando por el daño que los está causando, devastando sus propiedades, dejándolos en la calle, perdiendo, en suma, todo lo conseguido a lo largo de una vida, incluso los recuerdos que son de un valor personal irremplazable.

Al ver las lenguas de lava deslizarse hacia el mar mientras va desapareciendo todo tipo de construcción, calles y plantaciones; al ver cómo las cenizas se depositan en techumbres con peligrosidad de hundir los tejados, haciendo

de difícil circulación las calles, originando montículos considerables al limpiar unas y otras para evitar males mayores,... uno piensa que en aquello que se pueda actuar debe hacerse de inmediato. Solo tenemos la confirmación de la actuación de bomberos, el personal de la UME, vecinos y voluntarios a quien nadie ha llamado pero son gente generosa que considera ha de ayudar a su prójimo en lo que pueda. Aparte de esto, están las tres visitas del presidente del Gobierno con las correspondientes promesas; pero no vemos una actuación para ir simplificando el desastre, para ir adelantando el momento en el que se pueda actuar con el fin de que los palmeños empiecen a vivir adecuadamente, puedan concebir donde se podrán asentar, puedan reiniciar su vida.

Y me reitero. No sé qué es lo mejor que se pueda hacer. Pero pienso que es



posible hacer bastante más de lo que se está llevando a cabo. Por ejemplo, ir quitando las toneladas de cenizas para ir desbrozando el camino con el fin de tenerlo preparado para, después, donde sea posible y cuando sea viable, actuar. En primer lugar habrá que pensar dónde se tiran todos esos materiales. ¿Será a la mar como complemento de la lava que se está derramando en él? ¿Dónde si no? Para ello ya

tenía que haber tomado medidas hace tiempo el gobierno español, enviando la maquinaria necesaria para retirar todos esos restos, vehículos adecuados para transportar las cenizas a donde sea, ¿el mar?, potentes máquinas aspiradoras para limpiar tejados y azoteas, jardines y las propias calles,...

No sé si esto será una sandez, pero al menos es una sandez pensada para beneficiar a una población que lo está pasando bastante mal, que necesita ayuda de verdad y no de boquilla, y la necesita ya. Y si es una sandez no lo será más que las que por miles se pronuncian en los Parlamentos, asambleas, mítines, etc.

De la misma forma que se actuó –sin la debida aceleración– montando dos desaladoras para regar las plataneras, se tenía que haber actuado en otros aspectos. Porque va pasando el tiempo y salvo las pocas decisiones que pueden tomar los nativos, no se aprecia nada ostensible. Y es una tarea en la que ha de entrar de hoz y coza toda España, sabiendo los gobernantes españoles lo que hacen o deben hacer.



Desde nuestro rincón no podemos hacer nada más. Ya nos gustaría. Pues más bien estamos para que nos ayuden a nosotros. No obstante, prometemos mandar botijos de todos los lugares de España para que sacien su sed, por el esfuerzo que estén realizando, cuando tengan que desplazarse a La Palma a poner orden en todos los aspectos que sean necesarios. De momento ya tenemos uno con una alegoría de Madrid y su señero equipo de fútbol.

* * *

La ecología sandía

José María Nieto Vigil

Los ganaderos y los agricultores están indignados y muy preocupados por el desarrollo que tendrá la Política Agraria Común, tras las reformas –yo diría recortes- que se prevén para el periodo 2021-2027. Por lo pronto, el presente año se puede dar por vencido y no se vislumbran acuerdos ni consensos a corto plazo.

Un espíritu ecologista radical está salpicando todas las iniciativas y directrices comunitarias, de obligatorio cumplimiento para los países miembros de la Unión Europea, como es bien sabido. Un aroma de progresía sandía, verde por fuera y roja por dentro, impregna todas las políticas que se vienen aprobando y publicando. No hay sector económico ni social que no se vea afectado por este puritanismo medioambiental, tan indolente con las gentes que viven en y del medio rural. Llega a ser verdaderamente irritante, cansino y fastidioso. En poco tiempo veremos cómo se impulsan leyes que protejan al escarabajo pelotero, al saltamontes pardo, a la sanguijuela, o a cualquier otro tipo de filo anélido. La cuestión alcanza cotas verdaderamente hilarantes y extremadamente ridículas.

Hay que tener suma prudencia con eso del lenguaje inclusivo a la hora de



nombrar a los insectos. Cuidado con las mariquitas, que también se llaman conchuelas o catarinas, no vaya a ser que a algún iluminado le parezca homófoba la denominación. Como ahora no se estudia latín, pues claro, nadie sabe su nombre verdadero, coccinellidae, insecto del Orden coleópteros de la familia Cucujoidea. Es decir, para los de la ESO y la futura ley de educa-

ción, la LOMLOE, bicho naranja con puntitos negros, que por cierto, vuela. Queridos lectores «cosas veredes, amigo Sancho, que farán hablar las piedras», que dijera Alonso Quijano –Don Quijote, para los de la ESO-. Cuanta estupidez galopante y desmelenada hay que aguantar.

Sin embargo dudo mucho que la condición religiosa de la mantis, por razones obvias dado su apellido y de otras denominaciones que tiene, santateresa o tatadiós, se quedará huérfana de protección por parte de estos amantes del arco iris, aunque tampoco sepan de qué fenómeno estamos hablando. No obstante, aprovechando el absurdo, quiero denunciar públicamente que me siento maltratado, que el lenguaje sexista empleado con algunos insectos me ofende. Me refiero concretamente a la denominación peyorativa que recibe el macho de las abejas, ZAN-GA-NO. Creo que debería recoger firmas para exigir una iniciativa parlamentaria que ampare a los varones ante tamaño

atropello. Como decía mi padre: «para mear y no echar gota». No me digan ustedes que la cosa no tiene guasa.

Padezco de un tipo de daltonismo político, la deuteranopia, pues donde veo verde veo rojo. Lo confieso sin rubor ni pretensión alguna de ofender, pero sí con una fina ironía sobre la ecología estridente y grandilocuente exhibida desde la izquierda más sectaria que pueda recordar. Claro que me preocupa el crecimiento insostenible y el desarrollo sostenible; por supuesto que creo que el medioambiente está gravemente amenazado por la depredación humana; por descontado que defiendo que el cambio climático no es ningún invento, sino una trágica y terrible realidad; ni que decir tiene que el presente y el futuro de la vida de muchas especies, vegetales y animales, se encuentra seriamente comprometida. Faltaría más, solamente un necio puede negar la



evidencia sobre el particular y, por cierto, de este género también hay unos cuantos obtusos de mente, aunque en honor a la verdad, escaseen en el diario acontecer y en el suelo patrio.

Incendios, sequía, inundaciones,... muchas son la señales que disparan las alarmas en un escenario tan castigado y degradado como es el medio natural y

el medio rural. Pero hay que ser serios y comprometidos con la realidad. La fuerza impositiva de esta epidemia ecologista pone en grave riesgo la actividad del sector agroganadero y, con él, el del conjunto de la sociedad española. No solo afecta a quienes trabajan en el campo, afecta al consumidor y a otros sectores vinculados, que no son pocos: transporte, distribución, maquinaria, tecnología e infraestructuras...

En este segundo semestre del año, bajo la presidencia europea de Eslovenia, se tendrán que cerrar los acuerdos para desarrollar la nueva PAC a través de los Planes Estratégicos nacionales. En estos momentos la situación, en España al menos, es caótica y errática. Me explico, lo único en lo que se está de acuerdo es que no hay acuerdo alguno entre el gobierno central y las comunidades autónomas. Nuestro ilustre ministro de Agricultura, Alimentación y Medioambiente –casi no me cabe referirme a sus competencias departamentales-, Luis Planas Puchades, desaparecido sin combate, tiene el agua al cuello. De una parte le estrangulan los plazos para aprobar los planes pendientes de consenso, de otra se ahoga en el galimatías que supone la dispersión de exigencias de las comunidades autónomas y, por si no fuera bastante, el avispero está encabronado con el regate y burla hacia los ganaderos y agricultores. Vamos, que el susodicho no debería tener tiempo ni para dormir en su pausado empeño por intentar lograr un entendimiento entre los interlocutores afectados. Y esto no está ocurriendo.

Europa aguarda este suicidio asistido del sector con sus recortes y martingalas pintureras. La situación se resume de la siguiente manera: a los ganaderos y agricultores se les recortan las ayudas, pero se le exige buenas prácticas y

un trabajo más eficiente, es decir, con menos hacer más y mejor. ¿Es ello posible? Más bien NO.

* * *

El secreto del fenómeno Ayuso

Luis Ventoso (*El Debate*)

España es un país maravilloso por infinidad de motivos. Sin embargo arrastra problemas de calado, casi todos autoinducidos. Padecemos un Gobierno manirroto, que piensa que el dinero surge por generación espontánea y que con su escapada de gasto atolondrado va a comprometer a las generaciones venideras. También penden amenazas serias y crecientes sobre la unidad de la nación española y los pilares institucionales que sostienen nuestra democracia.

Pero hay un tercer gran asunto en disputa, que pasa más desapercibido para



las mentes poco atentas. Se está dirimiendo una enorme batalla cultural ideológica, que no es exclusiva de España. Se trata de la liza entre el mal llamado «progresismo», que intenta imponer su cosmovisión como la única aceptable, y quienes se resisten a aceptar ese rodillo y enarbolan la bandera del pensa-

miento plural, la libertad, la familia y el valor de la religión, la tradición y la propia vida humana. La deriva es tal que hoy incluso toca reafirmar realidades elementales, que existen desde que el mundo es mundo, pero que ahora son puestas absurdamente en cuestión por la marea «progresista», como el propio hecho biológico.

El «progresismo» quiere situar al gran YO individual en el centro y por encima de todo, arrumbado a Dios y depreciando las enseñanzas de milenios de civilización, o los lazos familiares de siempre, cuando en realidad siguen vivos y son connaturales al ser humano. De ahí su aversión militante contra el catolicismo, la familia o el pensamiento conservador (cuando conservar viene precisamente de preservar lo bueno). No admiten traba alguna a la individualidad del nuevo Súper Yo, de ahí que lleguen a rechazar la innegable realidad de que en la naturaleza hay hombres y mujeres.

Por último, el «progresismo» alberga una trampa perversa, que en la práctica lo convierte en «regresismo»: delega la liberación del yo en el Estado, que se convierte en el gran agente muñidor de todo. Se entrega la libertad de las personas en el altar estatal para que supuestamente las libere. Un absurdo que resumió muy bien el formidable liberal Benjamin Constant de Rebecque cuando reprochaba a Rousseau y al zote del abate Malby: «Quieren que el individuo sea esclavo para que el pueblo sea libre».

Isabel Díaz Ayuso, que este lunes desayunó en la Redacción de *El Debate* y con la que hoy ofrecemos una entrevista, aporta una novedad respecto a la mayoría de sus correligionarios de partido: es muy consciente de esa batalla



cultural e ideológica y ha decidido darla abiertamente. Para entendernos con un sencillo ejemplo del propio PP: Feijóo, o antaño Soraya Sáenz de Santamaría, son gestores eficientes, pero en la práctica comparten casi todo de lo que podríamos denominar el «consenso progresista». Ayuso es otra historia. Ha entendido el calado de lo que está

en disputa, que es defenderse frente al intento de formatear la mente de los españoles con un código único. Por eso el lema de su campaña electoral fue «socialismo o libertad». Es consciente de que las palabras no son inocentes, y de que cuando se asimila el lenguaje inclusivo, o se compran las expresiones de la neolengua de Sánchez, se está aceptando el andamiaje sobre el que se asienta toda una forma de ver el mundo. Sabe que gigantes como Netflix, o Facebook, no son imparciales, que ofrecen una visión sesgada de la realidad: la de la izquierda progresista. O que incluso cierta prensa en teoría de derechas ha sucumbido a todos los mantras progresistas.

Lo que nos estamos jugando ahora mismo es si España va a seguir siendo tal o se convertirá en un reino de taifas de corte igualitario (o incluso en una república de taifas). Un país –o expaís– donde imperará la condena del esfuerzo, de la religión, la familia y el éxito personal para arribar a una suerte de anestesia colectivista, en la que seremos esclavos precisamente cuando más libres nos creamos. Ayuso se ha atrevido a decir no, y por eso ha despegado. Como pronostico que lo hará este periódico por idéntico argumento.

* * *

El chocolomo no existe

Juanma Badenas (*El Manifiesto*)

Catedrático de Derecho civil, ensayista y miembro de la Real Academia de Ciencias de Ultramar de Bélgica. Su último libro es *Contra la corrección política*

Lamento parecer un aguafiestas, pero les tengo que anunciar que el chocolomo no existe. Bueno, a decir verdad, sí; aunque no tiene nada que ver con lo que se imaginan al creer que se alude de algún modo al chocolate. Se trata de un guiso mexicano en el que se cuecen, junto con otras cosas, ajos, sesos, riñones, el corazón y el lomo de una res acabada de sacrificar. El chocolate no aparece, sin embargo, por ninguna parte en la lista de ingredientes, de manera que, si nos invitan a comer o a merendar, no tendremos más remedio que seguir escogiendo entre el chocolate y el lomo, porque los dos no se pueden tomar a la vez.



Se dispararon las alarmas en los mercados y algunos culpan a Rusia del incremento del precio de la luz. Las luces rojas se han encendido por la enorme dependencia energética de Europa respecto a Gazprom, la compañía estatal rusa que suministra la mayor parte del gas natural que consumimos las empresas y los ciudadanos europeos. Europa recibe su abastecimiento de gas desde Rusia, Noruega y Argelia. Sin embargo, durante el año 2019, el primero de estos tres países suministró el cuarenta por ciento del gas, y esta tendencia no disminuye, sino que va in crescendo. En veinte años, la previsión es de un incremento de más del cincuenta por ciento de la dependencia europea respecto de Gazprom. Además, durante este año 2021, Noruega limitó el flujo de gas debido a cuestiones de mantenimiento.

Por otra parte, las reservas de este combustible oriundas de Europa se están agotando. Si como muestra basta un botón, hay que añadir que hace dos semanas el gobierno libanés tuvo que cerrar sus dos principales centrales eléctricas por falta de combustible.



Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, aunque esté al otro lado del Mediterráneo, pon las tuyas a remojar.

Putin culpa a los gobiernos y a las empresas europeas de la crisis de combustibles que sufrimos y alega que los contratos de suministro firmados a largo plazo

son insuficientes. De hecho, el suministro de gas desde Rusia utiliza dos instrumentos jurídicos: los *long-term contracts*, con una duración que oscila entre diez y veinticinco años; y los *spot deals*, o acuerdos puntuales, que se utilizan para resolver demandas concretas. Obviamente, el precio del gas a través de los *spot deals* es más caro que si se compra por medio de los *long-term contracts*. Y Rusia, como es lógico, se aprovecha de ello.

Sin embargo, existe un detalle que pasa desapercibido y que tiene gran importancia respecto al asunto que nos ocupa. Hace veinte años, Europa era el único cliente energético de relevancia que Rusia tenía. Sin embargo, ahora Gazprom cuenta con una alternativa muy poderosa a la que puede suministrar una grandísima cantidad de gas: China. Durante el año 2020, el gigante asiático importó 101,6 millones de toneladas de gas natural de las cuales, más de un ocho por ciento llegó de Rusia. No es lo mismo ser el cliente preferente a tener un competidor que puja en los mercados por el mismo combustible. Como se puede comprobar, el declive de Europa también se aprecia en los mercados energéticos, donde progresivamente va perdiendo fuerza a la hora de fijar las condiciones en que se han de llevar a cabo las transacciones. ¿Acaso alguien piensa que esto no tiene, y seguirá teniendo, transcendencia respecto al nivel de vida de los ciudadanos europeos?

El señor Esteban, portavoz del PNV en el Congreso de los Diputados, se rasgó las vestiduras y amenazó al gobierno con dejar de apoyarle si no modifica el decreto por el cual ha dado un «hachazo» de 26.000 millones de euros a las eléctricas, por la vía de la minoración de sus beneficios que, obviamente, terminará repercutiendo sobre sus clientes, en especial sobre la industria.

Las fuentes energéticas de Europa son: el petróleo en un 35%, el gas natural en un 24%, la energía nuclear en un 13%, el carbón en un 14% y las renovables y biocombustibles también en un 14%. ¿Alguien realista piensa que con estos



porcentajes se puede ir a alguna parte? ¿Qué proporción de energía propia se produce en España? ¿A lo sumo un 30 o un 32 %? ¿De verdad se cree que, de este modo, se puede controlar el precio de la luz, cuando casi el 70% de la energía necesaria para producirla depende de agentes y factores externos cada vez más ines-

tables, por no decir opuestos a nuestros intereses?

La mayor parte de la energía eléctrica que se consume en España se produce mediante la quema de hidrocarburos que sirven para calentar el agua que mueve las turbinas que generan la electricidad. Así pues, por ejemplo, cuando se impulsa la implantación del coche eléctrico se incurre en la falacia de hacer creer a los ciudadanos que se está apostando por las energías limpias, ocultando que buena parte de la electricidad que consume ese coche ha sido generada mediante la quema de gas, petróleo o carbón.

De acuerdo con informes oficiales que no son notoriamente conocidos, pero a los que se puede acceder si nos empeñamos en buscarlos, uno de los factores (quizá no el más importante) que nos ha conducido a la situación de crisis energética que nos asedia es la reducción de la fuerza del viento, acaecida en Europa durante los últimos meses. Se inventó el barco de vapor y luego el de fuel para no tener que depender del viento para navegar, y ahora quieren que tengamos que esperar a que sople el viento o haga sol para poder encender la lámpara del comedor.

La energía nuclear sencillamente es inencontrable, el gran tabú. Aunque sea la única capaz de proporcionar un suministro constante a un precio más que razonable. ¿Es que nadie habla de la energía de base? La energía de base es aquella de la que se puede disponer en cualquier momento, porque está disponible o se puede producir a demanda. Todo lo contrario que la eólica y la fotovoltaica, que dependen de que haya viento y haga sol, factores incontrastables. Mientras tanto, la gente sigue chupando su chocolomo, sin darse cuenta de que lo que flota en medio del guiso es un riñón, precisamente el riñón que le toca empeñar para poder pagar la factura de la luz.

* * *

Un plan para achicharrar a Ayuso

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)

El último héroe desubicado que Pedro Sánchez ha expelido para ultimar a Isabel Díaz Ayuso se llama Juan Lobato, apellido como de pieterno de los scouts, madrileño, 36 años, chalet con jardín y tres hijos (según lo cuenta *El País*). Acaba de ser elegido secretario general de los socialistas madrileños, un cargo que, como ocurre con el de fiscal general, parece aquejado del estigma del malditismo.

Antes se remitió desde la Moncloa a un Franco, el animador del contagio feminista del 8-M y que ahora sesteaba en el negociado deportivo jugando al fútbol con un Rubiales y no es apodo. Luego se le encomendó a Illa el sepulturero, quien, en su condición de ministro del ramo sanitario, se encargó de organizar la ofensiva contra Madrid, que se sustanció en una oleada de boicots, tanto a la compra de material, a los hospitales Ifema y Zendal, al control en el aeropuerto, hasta culminar con un estado de alarma excepcional, diseñado ex profeso contra la Comunidad y que finalmente tumbó un juez por ilegal, irregular y patoso.

Enviaron más tarde a Gabilondo, frailuno e hipócrita, ese señor alto y feo



que habla con un academicismo torturado y que recibió lo suyo, y lo de los otros, en las urnas el 4-M. Ahora lo han acomodado en un despacho inútil y prejubilado. También lo ha intentado Ximo Puig, el incompetente cacique levantino, que promovió sin demasiado éxito un impuesto especial a los madrileños simplemente por serlo.

Se suma ahora a la procesión de los ineptos, a esta cofradía de los aspirantes a verdugos del Kilómetro Cero, nada menos que Rodríguez Zapatero, lustroso correveidile de monstruos aberrantes, desde el Caribe a Bilbao, luciendo la pantorrilla por la Plaza de San Jaime. «Ayuso banaliza el mal», ha berreado, para replicar su argumento de que la banda ya no mata porque no lo necesita, puesto que está en las instituciones. Una variante de lo de Savater: «ETA mataba por algo y ahora estamos en ese algo».

El propio Sánchez, quijada de granito, ética de cochambre, bordeó la estratosfera del ridículo al protagonizar una rueda de prensa, inédita e irrepetible, en pleno vuelo sobre Senegal, dentro de un periplo estafalario montado tan sólo al objeto de bombardear sutilmente la gestión del Ejecutivo madrileño. Jamás se había contemplado disparate de tal magnitud. Los periodistas que compartían cabina en el aparato presidencial aún se pellizcan al recordar semejante desquicie.

Apenas aparecen registros recientes en nuestro ámbito geopolítico sobre la existencia de semejante animadversión, rayana en lo delictivo, por parte de un Gobierno central contra una de las regiones. La persecución va más allá del ámbito de la pandemia. Acaba de concretarse en la previsión de los Presupuestos, con una partida para Cataluña diez veces mayor que la destinada a Madrid, que recibirá el año próximo, si todo se queda como está, un ocho por ciento menos que en el ejercicio anterior. Ayuso se queja, al parecer con razón, y habla de que quieren asfixiar Madrid. Tal parece. Desde el lado de la ofuscada piara de la republiqueta y el virolai lanzan voces que la acusan de «victimismo» y hasta de fomentar eso que llaman «nacionalismo madrileño». Es gente, como se puede apreciar, que ha viajado poco extramuros de su ombligo estrellado.



Al tiempo que Sánchez alimenta su ira contra Madrid, quizás para espantar las turbulencias apreciables en sus propias filas, muy rayanas en lo huracanado, se detecta también un incremento sísmico en el seno del primer partido de la oposición. La convención itinerante del

PP por los pueblos y plazas de España culminó con bien, en una apoteosis taurina en Valencia que despejó dudas y enalteció los espíritus en torno a la figura de Casado. Ayuso, que llegó con la lengua fuera desde Washington, para que no dijeran, se comportó con la dignidad del buen militante, elogió con insistencia a su presidente y negó unas cuantas veces cualquier propósito de que sus ambiciones vayan más allá de Sol y de ocho años.

Aun así, en las zahúrdas de Génova, como un volcán de envidia, bullen sin reposo insidias y navajeos, en una liturgia próxima al martirologio. El presidente del PP reprime su entusiasmo al referirse a ella y siempre saca a colación a José Luis Martínez-Almeida, quizás para diluir protagonismos y sembrar incertidumbres. Teodoro García Egea, número dos de la formación, aparece como el gran diseñador de una estrategia para rebajar las ínfulas de la presidenta, caso de tenerlas, y entoñar su inevitable protagonismo en el subsótano de la irrelevancia. De «valido de Pablo» ha pasado a incorporarse a la categoría del delfinazgo, caso de que las cosas se tuerzan para el PP en la gran contienda electoral del 23/24. La derecha española es muy dada a conspiraciones y venganzas, algo propio de digestiones dificultosas y cráneos retorcidos. Eso lo sabe Ayuso, que opta por defenderse con calma pero responder con firmeza. «El valor oculto dista poco de la cobardía escondida», cantaba Horacio.

Está hasta las narices de todos esos. Aún faltan nueve meses, un embarazo largo y tedioso, hasta que se concrete el congreso del PP madrileño, en el que, pese a versiones publicadas estos días, cabe pensar que se coronará como figura máxima en el organigrama del partido en su región. Las puñadas internas, que crecerán de volumen e intensidad, se antojan tan inocuas y

estériles como esa «contundencia constructiva» que el pietierno Lobato pretende desplegar hasta las elecciones. Cuidado. «Pocos saben de lo que es capaz una mujer furiosa», advertía Virgilio. Algunos, que pretenden achicharrarla en la parrilla, desconocen aún con quién están tratando.

* * *